

ESPERANZA EN DIOS, NUESTRO CREADOR

Beato John Henry Newman

¡DIOS HA CREADO TODAS LAS COSAS PARA BIEN; todas las cosas para su mayor bien; todo es para su propio bien! De qué sirve el bien de uno si no es el bien del otro; lo que hace a un hombre feliz podría hacer a otro infeliz. Dios ha determinado, a menos de que yo interfiera con Su plan, que debo alcanzar lo que será mi mayor felicidad. Él cuida de mí personalmente, Dios me llama por mi nombre, sabe lo que mejor puedo hacer, cual es mi mayor felicidad y pretende dárme-la.

Dios sabe cuál es mi mayor felicidad, pero yo no la sé. No hay una regla sobre lo que es feliz y bueno; lo que conviene a uno, podría no convenirle a otro. Y los caminos por medio de los cuales se alcanza la perfección son muy variables; las medicinas para nuestra alma son muy diferentes unas de otras. Así, Dios nos lleva por caminos extraños; nosotros sabemos que Él quiere nuestra felicidad, pero no sabemos cuál es nuestra felicidad, ni el camino. Estamos ciegos; si dependemos sólo de nosotros mismos, tomaremos el camino equivocado; debemos dejárselo a Él.

Pongámonos en Sus manos y no nos asustemos si Él nos conduce por caminos extraños, por una *vía mirabilis*, como la llama la Iglesia. Tengamos la certeza de que Él nos guiará correctamente, que nos llevará a aquello que es – no lo que nosotros pensamos que es mejor, no lo que es mejor para otro, sino lo que es mejor para nosotros.

Coloquio: *Dios mío, me pongo en Tus manos sin reservas. Riqueza o desdicha, alegría o dolor, amigos o duelo, honor o humillación, buena reputación o aviso de enfermedad, comodidad o incomodidad, Tu presencia o el ocultamiento de Tu rostro, todo es bueno tratándose de Ti. Tú eres la sabiduría y el amor eres Tú — ¿qué más puedo desear? Tú me has guiado en Tu consejo y con gloria me has recibido. Te tengo en el cielo, y lejos de Ti, ¿qué quiero en la tierra? Mi carne y mi corazón desfallecen, pero Dios es el Dios de mi corazón y la parte de mi herencia para siempre.* – Marzo 6 de 1848.

Dios era totalmente completo, todo bienaventurado en Sí mismo, pero fue Su voluntad crear un mundo para Su gloria. Él es Todopoderoso y podría haber hecho todas las cosas Él mismo, pero fue Su voluntad llevar a cabo Sus propósitos por medio de los seres que Él ha creado. Todos fuimos creados para Su gloria — fuimos creados para hacer Su voluntad. Yo fui creado para hacer algo o para ser alguien para lo que ningún otro fue creado; yo tengo un lugar en los consejos de Dios, en el mundo de Dios, que nadie más tiene; sea yo rico o pobre, despreciado o estimado por los hombres, Dios me conoce y me llama por mi nombre.

Dios me ha creado para que le preste un servicio determinado; Él me ha encomendado una tarea que no ha encomendado a nadie más. Yo tengo mi misión — tal vez nunca llegue a saberla en esta vida, pero se me dirá en la otra. De alguna manera, yo soy necesario para Sus propósitos, tan necesario en mi lugar como un Arcángel en el suyo — si, de hecho, yo fallo, Él puede criar a otro, como hubiera podido hacer de las piedras hijos de Abraham. Sin embargo, yo tengo un papel en esta gran obra, yo soy un eslabón de una cadena, un vínculo de conexión entre las personas. Él no me ha creado para la nada. Voy a hacer el bien, voy a hacer Su trabajo, voy a ser un ángel de la paz, un predicador de la verdad en mi propio lugar, aunque no lo pretenda, si lo que hago es guardar Sus mandamientos y servirle en mi vocación.

Por lo tanto, voy a confiar en Él. Sea lo que sea, esté donde esté, nunca podré ser arrojado fuera. Si estoy enfermo, mi enfermedad puede servirle; si estoy perplejo, mi perplejidad

puede servirle; si estoy en el dolor, mi dolor puede servirle. Mi enfermedad o mi perplejidad o mi tristeza pueden ser causas necesarias para un gran final, que va más allá de nosotros. Él no hace nada en vano; Él puede prolongar mi vida, puede acortarla; Él sabe lo que hace. Él puede despojarme de mis amigos, puede arrojarme en medio de extraños, puede hacer que me sienta desolado, puede ocultarme el futuro — aun así, Él sabe lo que hace.

Oh Adonai, oh Señor de Israel, Tú que guiaste a José como un rebaño, oh Emmanuel, oh Sabiduría, yo me entrego a Ti. Confío en Ti totalmente. Tú eres más sabio que yo, más amoroso hacia mí que yo mismo. Dígnate cumplir Tus elevados propósitos en mí cualesquiera que sean — obra en mí y a través de mí. Yo nací para servirte, para ser Tuyo, para ser Tu instrumento. Déjame ser Tu instrumento ciego. No pido ver — no pido saber, simplemente pido ser usado.

¿QUÉ MENTE HUMANA puede imaginar el amor que el Padre Eterno tiene por el Hijo Unigénito? Ha sido desde la eternidad — y es infinito; es tan grande que los teólogos llaman al Espíritu Santo por el nombre de ese amor, como para expresar su infinitud y perfección. Sin embargo, reflexiona, oh alma mía, e inclínate ante el misterio terrible — que como el Padre ama al Hijo, así te ama el Hijo a ti, si eres de Sus elegidas, porque Él dice expresamente: "Como el Padre me amó, así os he amado yo, Permaneced en mi amor". ¿Qué misterio en todo el cúmulo de las verdades reveladas es mayor a éste?

El amor que el Hijo te tiene a ti, una criatura, es como aquel que el Padre tiene por el Hijo increado. ¡Oh misterio maravilloso! Ésta es, entonces, la historia de todo lo demás que es tan extraño: que Él tomó mi carne y murió por mí. El misterio anterior anticipa el siguiente. Si no me amara tan inexplicablemente, Él no habría sufrido por mí. Ahora entiendo por qué murió Él por mí, porque me amó como un padre ama a su hijo — no simplemente como un padre humano, sino como el Padre Eterno al Hijo Eterno. Ahora comprendo el significado de esa aún más inexplicable humillación: Él prefirió recuperarme en lugar de crear nuevos mundos.

¡Qué constante es Él en Su afecto! Él nos amó desde los tiempos de Adán. Él dijo desde el principio: "Yo nunca te dejaré ni te abandonaré". Él no nos abandonará en nuestros pecados. Él no me abandonó a mí. Él lo hizo con toda intención — Él resolvió restaurarme, a pesar de mí mismo, a esa bienaventuranza contra la que yo tanto me había obstinado. Y ahora qué es lo que Él me pide sino que – como Él me ha amado con un amor eterno – también yo debo amarle en la medida tan pobre como yo puedo manifestarle.

¡Oh misterio de los misterios: que el inefable amor del Padre al Hijo sea el amor del Hijo a nosotros! ¿Por qué fue así, oh Señor? ¿Qué bien has puesto en mí, un pecador? ¿Por qué Te has fijado en mí? "¿Qué es el hombre para que Te acuerdes de él y el hijo del hombre para que lo visites?" Esta pobre carne mía, esta alma pecadora, que no tiene vida salvo en Tu gracia, Tú pusiste Tu amor en ella. Completa Tu obra, oh Señor, y como me has amado desde el principio, haz que yo Te ame a Ti hasta el fin. — Marzo 7 de 1848

(Tomado y traducido al español de envoymagazine.com edición 9.4)